

## **“Un cielo grande con mil estrellas”**

Emprendimos nuestro ansiado viaje un sábado 14 de enero del 2017, desde nuestro pequeño y aislado Humboldt, nos esperaban varias horas de viaje, ya que al fin y al cabo, las distancias desde Santa Fe a Tartagal eran de unos 1300 km. Hacía tiempo que nos veníamos preparando, personal y grupalmente, armando actividades, viendo que llevar, con un combo enorme de emociones en el corazón.

Nos encontramos un día antes de partir a la comunidad en Tartagal los 6, Giorgina (Santa Fe), Valentina (Santa Fe), Nadia (Neuquén), Emilio (Buenos Aires) y nosotros, Facundo y Camila, también de Santa Fe. Todos con muchas ganas, miedos, desafíos y emociones de vivir a pleno lo que se venía.

Y al fin llegó el día, el día lunes 16 estábamos pisando la comunidad, luego de viajar por más de 4 horas por caminos de mucha tierra y monte, llegamos al hermoso destino “La Estrella”, haciendo honor a su nombre, brillaba en medio del seco monte, lleno de algarrobos, mistoles y palos santos. Recordamos que lo primero que vimos al bajar del colectivo fueron las sonrisas ardientes de todos los niños, dispuestos a cargar nuestros bolsos y mochilas hasta el lugar, no necesitamos pedírselo, ellos estaban acostumbrados a darte las dos manos en todo momento.



“La Estrella”, conformada por la comunidad aborígen de los Chorotes, donde viven unos 70 niños y niñas con muchas ganas de jugar, mujeres que tejen hermosas y delicadas chiscas con fibras que elaboran cuidadosamente del chaguar, hombres que trabajan la tierra, recolectan miel y frutos del monte; cazan y pescan animales pequeños. Comunidad de casitas

hechas de techos de chapa, lonas y ladrillos de adobe, ahí donde aún no llegó el facebook, el twitter ni cualquier otra red social, en donde no se usa aire ni ventilador a la hora de dormir, solo la brisa de la naturaleza y todos los días de calor, los días al aire libre son una excelente y divertida opción. Tampoco existe la comodidad de una cocina a gas o una heladera, y el



agua que sacia la sed llega de pozo. Los líderes o caciques de cada comunidad son elegidos por sus habitantes. Toda la comunidad lucha por mantener intacta y cuidar sus ricas tierras, su cultura, su idioma, su “gente”.



Los días que pasamos ahí fueron de mucho aprendizaje mutuo, pero más de ellos para nosotros que viceversa. Intentamos aprender su hermoso y tan cálido idioma chorote, de hecho, todos ellos fueron excelentes maestros, todavía recordamos sus carcajadas cuando nos hacían repetir una y otra vez las palabras como “ampeí, kiusené, Oh no” y entre tantas otras.

La hora del almuerzo y la cena se llevaba a cabo a partir de un fueguito y una enorme olla, ya que en cada hogar vivían numerosas familias. A la noche, el calor era tal, que todos ellos sacaban sus camas o colchones afuera para poder disfrutar de la brisa.

Descubrimos lo mucho que llega a divertir a los niños, un par de globos, burbujas, crayones, témperas, pinturitas, mandalas, pulseritas, pinceles, sogas, dibujos, trenzas, piedritas, que lo más mínimo iba a entretenerlos por varias horas. Además del gran bingo con todos los niños y señoras de La Estrella ¡Nos divertimos todos!

También aprendimos que los días de mucho calor, ningún plan es mejor que chapotear en un brazo del sediento y caudaloso Pilcomayo, enorme fue nuestra sorpresa al llegar al río: no había agua, solo barro, pero como nos entretuvimos (y ensuciamos) ese día. Además, como olvidarnos del famoso partidito de vóley con las mamás más jóvenes de la comunidad cuando se estaba ya escondiendo el sol o cuando participamos de la hinchada del equipo Chorote que disputaban el premio de un chivito.

Comimos las empanadas caseras (desde la masa hasta el relleno) más ricas que probamos alguna vez, las manos de una señora de la comunidad nos las brindó con mucho afecto.

El último día emprendimos viaje al amanecer, a la rivera del Pilcomayo, en la frontera del Paraguay y en los áridos montes, para visitar a la comunidad de La Paz Chica, en donde viven los Wichis, compartimos un día de muchas anécdotas y aprendizajes.



Nos trajimos mil besos, abrazos, cariñosos “vuelvan pronto”, tardes de juegos, anécdotas, parte del idioma, recuerdos, muchos conocimientos sobre flora y fauna de aquel lugar, aprendimos que en la simpleza está lo verdaderamente esencial para nuestras vidas.

Dejamos un pedacito de alma en cada uno de esos rostros, y una puerta abierta, porque según nos dijeron por ahí ¡Uno siempre quiere volver a aquellos lugares donde amó la vida!

Infinitas gracias Redes Solidarias!

Camila y Facundo Diaz